

por su pericia en materia de exploración minera. Incluso había sacado tajada de las dos crisis petrolíferas de 1973 y 1979, las cuales familiarizaron a los responsables políticos franceses con los retos que implicaba la escasez de recursos. A propuesta de André Giraud, a la sazón ministro de Industria, el Gobierno galo lanzó en 1978 un amplio inventario minero francés, el «Plan Metales», que potenció las actividades de la Agencia. No sin nostalgia, los veteranos hablan todavía de la «gran época de la BRGM», que fue un grupo organizado, dotado de un programa de explotación minera activamente apoyado por el Estado, sobre todo en la Francia metropolitana y la Guayana francesa.⁴⁴ La BRGM, que empleaba a 250 personas solo en el servicio de exploración, hasta llegó a ofrecer sus buenos oficios al África francófona, a Portugal e incluso a Quebec.⁴⁵

Y entonces, en la década de 1990, el inventario minero francés llegó a su fin y el dinamismo de la BRGM empezó a declinar. Las actividades de exploración cesaron alrededor del año 2000.⁴⁶ Fue el comienzo de lo que se llamó el «invierno minero francés». «¡Y eso que teníamos oro, cinc, tungsteno, antimonio, plata! —recuerda un exfuncionario—. Pero los inversores escaseaban cada vez más.»⁴⁷ Las minas que aún no habían cerrado fueron abandonadas, lo que provocó muchos dramas sociales. «La industria minera jamás constituyó una parte importante del PIB francés —prosigue el exfuncionario—. No obstante, añadiendo varios cientos de empleados por mina, eso habría supuesto un buen número de empleos. Al final perdimos toda una industria. Por no hablar de nuestra soberanía minera, es decir, nuestra capacidad para proporcionar minerales y metales a nuestras propias industrias.»

Los tres Libros Blancos sobre la defensa y la seguridad nacional publicados en 1971, 1994 y 2008, respectivamente, no hacen ni una sola referencia al aprovisionamiento de metales raros, aun siendo estos indispensables para las tecnologías mi-

litares. Hubo que esperar al de 2013 para que apareciera el término.⁴⁸ En cuanto a los servicios de información, ese dossier no les interesa demasiado. «El Estado jamás pidió a los servicios ninguna acción en este sentido. Creo que la Dirección General de la Seguridad Exterior (DGSE) se encuentra a años luz de tales cuestiones», admite Alain Juillet, exdirector de Información. Ahora bien, según varias fuentes coincidentes, un exmaestro de espías, Alain de Marolles, habría convencido en la década de 1970 a Alexandre de Marenches, por entonces jefe de la inteligencia francesa, para que añadiera ocho minerales estratégicos a una lista de metales que presentaban riesgo de abastecimiento. Y entonces Marenches cesó en sus funciones, agradecieron a Alain de Marolles su contribución y sus sucesores no manifestaron el menor interés por esta causa.⁴⁹

Así pues, bastaron tres décadas para provocar un cambio estratégico radical. Hasta entonces, una de las principales palancas de poder de una nación consistía en explotar sus propios recursos vitales o, en su defecto, poner toda la carne en el asador para garantizar el abastecimiento allende sus fronteras. Tomemos el caso del petróleo: a principios del siglo xx, cuando el primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, se propuso que la Royal Navy consumiera fuel en lugar de carbón, buscó al mismo tiempo garantizar el abastecimiento de oro negro en el Reino Unido por la parte del Levante mediterráneo. Así, el Gobierno británico asumió una participación mayoritaria en la Anglo-Persian Oil Company, y cuadriculó Persia con gigantescos oleoductos comunicados con las vías navegables.

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos tomó conciencia de que sus reservas de petróleo no bastarían para satisfacer las crecientes necesidades energéticas, acudió al reino saudí, que disponía de fabulosas reservas de crudo. El Pacto de Quincy, firmado el 14 de febrero de 1945 entre el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt e Ibn Saúd

—primer rey de Arabia Saudí—, no tardó en permitir a Washington beneficiarse de un acceso privilegiado al petróleo de Riad a cambio de protección militar. Del mismo modo, Argelia y Gabón fueron objeto de todas las atenciones por parte de Francia. Y, en cuanto al sector alimentario, Francia siempre logró, durante los ciclos de negociaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), conservar parte de su soberanía al limitar la apertura de mercados agrícolas. Por no hablar del programa nuclear civil francés.

Explotar los propios recursos para uno mismo o garantizar entregas incesantes allende los mares: hace milenios que estas dos reglas elementales rigen toda estrategia de independencia energética. Ahora bien, hasta hoy ninguna de ellas ha sido aplicada en lo tocante a los metales raros. Podría objetarse que las cantidades en juego son insignificantes en relación con los gigantescos volúmenes de hidrocarburos que consumimos. No obstante, como ya hemos visto, estos metales son tan discretos como indispensables. Aunque cada habitante del planeta apenas consume 17 gramos de tierras raras al año, el mundo se vería en extremo lentificado sin esas escasas migajas de corteza terrestre. Sin embargo, pocos son los prospectivistas que se han parado a pensar en la importancia adquirida por estos pequeños metales, habida cuenta de las opciones tecnológicas que hemos tomado desde la década de 1970. Dependier por completo de los demás y encima reivindicarlo: lo que hasta hace poco parecía una política absolutamente suicida se ha convertido en lo más natural del mundo.

* Claro que eso fue antes de que el cortoplacismo empresarial se impusiera: como dice un experto estadounidense, «los países occidentales ya no tienen estrategias a largo plazo, y los metales raros no constituyen una excepción».⁵⁰ En el caso francés, se suman factores específicos del país: dotada de minas, así como de recursos agrícolas y pesqueros en abundancia,

Francia ha cultivado una menor sensibilidad hacia la dependencia que otros Estados, como Japón, obligados a desarrollar una cultura del negocio y a proveerse de sólidos circuitos de abastecimiento para paliar la pobreza de sus subsuelos. Francia no es en mayor medida una tierra de comerciantes, y por tanto jamás ha desarrollado una cultura de la inteligencia económica relativa a los mercados de los metales raros. Análisis de un especialista: «El ADN francés no está preparado para una situación de penuria».⁵¹

En suma, Francia rinde homenaje al «culto del carguero» iniciado antaño por algún antepasado oceánico. Baste recordar que entre finales del siglo XIX y los años cuarenta del pasado siglo, los habitantes de Melanesia, un mosaico de pueblos desperdigados sobre todo en Papúa Nueva Guinea, las islas Fiyi y Nueva Caledonia, entraron bruscamente en contacto con las sociedades occidentales. De entrada con los colonos franceses y británicos, ávidos de conquistas y beneficios, y después con los ejércitos estadounidenses comprometidos en la guerra del Pacífico. Estos nuevos ocupantes compartían una preocupación común: abastecerse con regularidad de víveres y material. A partir de entonces, establecieron redes logísticas que comunicaban el ancho mundo con aquellos minúsculos trozos de tierra.

Imaginad la estupefacción de los pueblos ancestrales al ver llegar barcos, y luego aviones, con las bodegas cargadas de tesoros... Resulta fácil adivinar su admiración ante la aparente facilidad con que se materializaban estas mercancías: bastaba con que los radioperadores expresaran un deseo por su emisora para que medicamentos, vituallas y equipamiento desembarcaran en la fina arena o descendieran del cielo como por arte de magia... Por supuesto, los habitantes de Melanesia no tenían ni la menor idea del tejido industrial que se urdía tras tales abastecimientos. No obstante, puesto que bastaba pedir para ser servidos, imitaron a los occidentales. Concibieron

aparatos de radio ficticios para enviar sus pedidos, improvisaron falsas pistas de aterrizaje, y aguardaron la satisfacción de sus reclamaciones durante muchísimo tiempo... Los occidentales llamaron a esos rituales «culto del carguero».⁵²

En el siglo XXI y en el otro extremo del mundo, nuestras sociedades, aunque racionales y materialistas, se entregan a un culto similar. El genio de la logística ha logrado librarnos de un miedo que obsesionó a nuestros antepasados durante 70.000 años: el miedo a carecer de algo. Pero todo tiene un precio. Porque esta globalización de las cadenas de abastecimiento nos da con una mano (los productos de consumo) lo que nos quita con la otra (la cultura de su procedencia). Hemos ganado en poder adquisitivo lo que hemos perdido en saber comprar. Por eso 16 millones de adultos estadounidenses siguen convencidos de que la leche chocolateada procede de vacas marrones.⁵³

Sin embargo, el profundo adormecimiento de Occidente no solo ha producido desdichados. Al organizar la transferencia de la producción de metales raros, hemos hecho mucho más que legar el fardo del petróleo del siglo XXI a los esclavos de la globalización: hemos confiado a rivales en potencia un monopolio muy valioso.

OCCIDENTE BAJO EMBARGO

La fiesta estaba en todo su apogeo. Los occidentales proclamaban a voz en grito su nueva conversión ecológica, mientras que los chinos, como buenos galeotes de la transición energética y digital, trituraban penosamente guijarros en lo más recóndito de Jiangxi. Los empleos más viles partían hacia el Imperio del Medio, mientras que nosotros nos concentrábamos en las industrias de alto valor añadido. Éramos los grandes ganadores de las reglas del juego que nosotros mismos habíamos escrito e impuesto.

Sin embargo, un día, representantes de una especie en vías de extinción en las latitudes occidentales, los geólogos, vinieron a fastidiarnos. Depositaron en nuestros brazos montones de informes repletos de cifras y nos obligaron a afrontar una realidad desagradable, irritante: convertida en productora preponderante de ciertos metales raros, ahora China tenía la oportunidad inédita de negar su exportación a los Estados que más los necesitaban.

PEKÍN, NUEVO AMO DE LOS METALES RAROS

Cada año, el Servicio Geológico de Estados Unidos (USGS, por sus siglas en inglés), una agencia controlada por el Depar-

tamento del Interior estadounidense y cuyo papel consiste en estudiar los recursos mineros, publica un informe de importancia capital titulado *Mineral Commodity Summaries*. Noventa materias primas indispensables para nuestras economías modernas han pasado por la criba de los analistas. A lo largo de más de doscientas páginas se suceden estadísticas relativas a los recursos disponibles, las reservas mundiales y, sobre todo, el reparto de su explotación en todo el mundo.

Ahora bien, este último índice resulta alarmante: el USGS informa que Pekín produce el 44 % del indio consumido en el mundo, el 55 % del vanadio, cerca del 65 % de la fluorita y el grafito natural, el 71 % del germanio y el 77 % del antimonio.¹ La Comisión Europea ha elaborado su propia lista y abunda en el mismo sentido: China produce el 61 % del silicio y el 67 % del germanio. Las tasas alcanzan el 84 % para el wolframio (o tungsteno) y el 95 % para las tierras raras. Por su parte, Bruselas llega a una sobria conclusión: «China es el país más influyente en lo tocante al abastecimiento mundial de numerosas materias primas fundamentales».²

En la estela de China, un sinfín de Estados que aplican una lógica de especialización minera han adquirido asimismo posiciones mayoritarias, incluso monopolísticas. La República Democrática del Congo produce el 64 % del cobalto; Sudáfrica aporta el 83 % del platino, el iridio y el rutenio; y Brasil explota el 90 % del niobio. Europa depende también de Estados Unidos, que produce más del 90 % del berilio. Para terminar, otros países mantienen una cuota de la producción mundial lo bastante importante para poder provocar una situación de penuria temporal y fuertes variaciones en las cotizaciones. Es el caso de Rusia, que controla el 46 % de los suministros de paladio, y de Turquía, que aporta el 38 % de los de borato.

Para Pekín, el control de los metales raros es ante todo una cuestión de supervivencia. Junto con Estados Unidos, China

es el país más preocupado por la seguridad de sus abastecimientos.³ En efecto, el Imperio del Medio no solo es el primer productor de minerales metalíferos del planeta, sino también el principal consumidor.⁴ Para cubrir sus necesidades, engulle el 45 % de la producción mundial de metales industriales,⁵ una voracidad que se extiende también a las materias primas agrícolas,⁶ el petróleo, la leche en polvo e incluso los vinos de Burdeos.

Los estrategas chinos siempre han estado especialmente familiarizados con los retos de la soberanía mineral: en efecto, durante sus estudios realizados en Francia, Deng Xiaoping trabajó en una fundición de hierro de Le Creusot.⁷ En cuanto a sus sucesores, subraya un estratega de recursos naturales, «de los diez últimos presidentes y primeros ministros, con la excepción del primer ministro actual [Li Keqiang], jurista, todos recibieron una formación temática en ingeniería: electricidad, hidroelectricidad, geología, química de procesos».⁸ Wen Jiabao, primer ministro durante la presidencia de Hu Jintao (2003-2013), es geólogo de formación; Xi Jinping, presidente de la República Popular China desde 2013, ingeniero químico. Con la ayuda de un sistema político autoritario y estable que valora la paciencia y la constancia en la toma de decisiones, Deng Xiaoping y sus sucesores pudieron sentar las bases de una ambiciosa política de seguridad de los abastecimientos.

El método utilizado ha sido el de la apisonadora: en pocas décadas, China ha multiplicado la apertura de minas en su territorio, ha puesto en marcha una segunda Ruta de la Seda, tanto terrestre como marítima, con el fin de disponer de un corredor de abastecimiento de bienes llegados de África, y ha llevado a cabo operaciones de fusión y adquisición de empresas en el sector de los productos básicos. Los mercados mundiales y los equilibrios geopolíticos se han visto trastornados a medida que Pekín extendía su esfera de influencia. Así, China